

VIDA Y MUERTE, EL GRAN ASUNTO

Por Ana María Schlüter Rodés

VI Foro Espiritualidad.

Morir, la naturaleza efímera de la vida.

Logroño 27-28 enero 2018

Se cuenta que un día Jôshû Jushin, un anciano maestro zen chino que vivió a caballo entre los siglos VIII-IX, al ver llegar el largo cortejo fúnebre en el entierro de uno de sus monjes, exclamó: “¡Qué es eso! ¡Una procesión tan larga de muertos tras un único ser vivo!”

Existen muchas anécdotas zen relacionadas con la muerte, y siempre tienen un tinte de humor. Pero ni Jôshû ni ninguno de los auténticos maestros zen ridiculizan, ni siquiera relativizan, la muerte; simplemente “juegan” con ella, desde la total libertad interior. Para ellos la muerte es una realidad, no un problema.

Aunque sí lo sea para aquellos que todavía están al principio del camino, como es el caso del monje Zengen. Un día acompañó a su maestro Dogo a visitar a una familia para dar el pésame por el fallecimiento de uno de sus miembros, y aproximándose al muerto se dirigió a Dogo: “Por favor, dime: ¿esto es vida o es muerte?” Dogo le contestó: “No te voy a decir si es vida o es muerte.” Zengen preguntó: “¿Por qué no me lo dices?” Dogo contestó: “No, no voy a decírtelo.” En el camino de vuelta al monasterio, Zengen insistió: “Maestro, por favor, ten la amabilidad de decírmelo. Si no lo haces, te golpearé.” Dogo respondió: “Golpéame si quieres, pero no te lo voy a decir.” Y entonces Zengen le golpeó¹.

Zengen tenía que estar sumamente angustiado para actuar así. Dogo, por su parte, sabía muy bien que la respuesta a su pregunta la tenía el mismo monje; nada que viniera de fuera, ninguna palabra del exterior, podía resolver verdaderamente el problema, solo taparlo, porque en realidad ya sabía la respuesta. Su silencio es expresión de sabiduría y compasión. De hecho, tiempo después Zengen cayó en la cuenta y sintió un profundo agradecimiento hacia Dogo.

“Para las religiones en general, todo intento de evadirse de la muerte, o de fingir que no es algo serio, siempre fue considerado como algo falso, incluso subversivo de la verdad”, escribe Juan Luis de León Azcárate². Aboga por “descubrir aquellos elementos y recursos de la propia tradición cultural, religiosa o existencial que afirmen nuestra humanidad común”, y asumir los valores positivos y humanizadores de las diversas culturas o creencias. Así lo aconsejaba el Concilio Vaticano II diciendo: “Reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen”³.

Lo que voy a exponer a continuación, basado sobre todo en la tradición zen, la fe cristiana y los elementos míticos de los cuentos populares –los mundos en los que yo me desenvuelvo– ha de ser mirado desde esta perspectiva.

La muerte es constitutiva de la vida

¹ *Hekiganroku* 55.

² Juan Luis de León Azcárate, “Educación intercultural para la muerte”, en: *Sal Terrae*, nº 1.138 (2014).

³ “Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas”, artº 2, en: *Concilio Vaticano II. Constituciones, decretos declaraciones*. BAC, Madrid 1965, 725.

“Nacer-morir (*shôji*) forman parte esencial de la vida humana (...) Si desprecias la vida, no vas a ninguna parte; pero tampoco adelantas nada si no tomas en serio la muerte”, decía Dogen Zenji, el gran maestro zen japonés del siglo XIII. La verdadera libertad y alegría de vivir surgen cuando se cae en la cuenta de esta realidad de manera profunda. Entonces la persona siente la *alegría de vivir sin apego a la vida*.

Algo de esto vive la persona anciana que ha pasado en su vida por muchas muertes, ya sean de familiares o amigos u otro tipo de pérdidas, y llega a la ancianidad libre, serena, alegre, disfrutando de la más mínima cosa. “No se puede ver la belleza de las montañas y de las cuevas, no se pueden apreciar el viento y la luna, más que cuando no se posee ninguna otra cosa”, dice el maestro zen Ikkyu⁴. Así lo reflejan los poetas de haikus.

*El arrancador de nabos
muestra el camino
con un nabo.*

*Detrás de un tiesto de azaleas
la mujer desmenuza
bacalao seco.*

*El viejo calendario
me llena de gratitud
como un sutra.*

Se cuenta que Kisogotami⁵, una mujer miembro de una familia pobre de Savatthi en India, se casó con el hijo de un banquero cuya familia la trató muy mal hasta que dio a luz a su primer hijo. A partir de entonces las cosas cambiaron, pero al año el niño murió. Kisogotami se volvió loca de dolor y desesperación. Con el niño muerto en brazos, vagó de casa en casa en busca de alguna medicina que lo curara. Un anciano se compadeció de ella y la envió al Buda. Cuando llegó ante él, el Buda le dijo: “Encuentra una semilla de mostaza de una familia en la que no haya muerto nadie y tráemela.” Ella fue de casa en casa con la esperanza de encontrar esa semilla que en manos del Buda podría curar a su hijo. Pero, a pesar de que preguntó en muchas casas, no encontró ninguna, donde no hubiera muerto alguien. Entonces se dio cuenta de la realidad y recobró su salud espiritual. Enterró a su hijito en el bosque y comenzó una vida de monja siguiendo al Buda. Al cabo de poco tiempo llegó a un despertar y cayó en la cuenta de lo que no nace ni muere.

En esta y otras narraciones del *Therigatha* aparecen de forma muy clara y con toda su crudeza la universalidad e inevitabilidad de la muerte como constitutivas de la vida. Darse cuenta de esto hace posible soltar el apego a la vida y caer en la cuenta de aquello que no nace ni muere, de aquello que somos en el fondo. La muerte es una ocasión para caer en la cuenta de lo que somos en el fondo.

La verdadera naturaleza no nace ni muere

En nosotros hay algo o, mejor dicho, nosotros somos en el fondo algo que no nace ni muere. Nuestra verdadera naturaleza existe desde antes de nacer. No ha nacido, ni tampoco va a morir.

En las diferentes escrituras sagradas de la humanidad se refleja este saber profundo.

⁴ Cf. Pierre de Béthune, “Wabi o la pobreza luminosa” en: *Pasos* 33 (1991) 4-19.

⁵ Christa Anbeek, “Boeddhistische en bijbelse verhalen rondom de dood”, en: *Zen* 59 (1994) 17-24.

En el zen se repite una y otra vez: la naturaleza propia no nace ni muere. Se trata de caer en la cuenta de lo no nacido.

En la Biblia, en el evangelio según san Juan, Jesucristo dice: “Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con *la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese*” (Jn 17,5b). Y al comienzo del mismo evangelio según san Juan, el evangelista dice: “La Palabra estaba *en el principio* junto a Dios” (Jn 1,2).

El apóstol Pablo escribe en la carta a los Colosenses: “Él es imagen de Dios invisible (...) *Él existe con anterioridad a todo y todo tiene en él su consistencia*” (Col 1,15.17). Y la dirigida a los Efesios comienza diciendo: “Nos ha *elegido en él* [nuestro Señor Jesucristo] *antes de la fundación del mundo (...) para alabanza de su gloria*” (Ef 1,4). Podríamos entender “gloria” en el sentido de “misterio divino”. Nos ha elegido para manifestar el misterio divino.

Se está diciendo que Cristo existe antes de la creación del mundo y en él, también nosotros. Así lo expresó con gran sencillez una madre cuando a la pregunta de su hija de siete años: “¿Dónde estaba yo antes de nacer?”, le respondió diciendo: “En la mente de Dios”.

Juan XXIII, el Papa bueno, estando moribundo le dijo a su desconsolado secretario: “Estamos hechos de cielo; nos detenemos un poco aquí y luego reanudamos la senda.”

En nuestro estado actual, nuestro yo limitado, que nace y muere, se mueve necesariamente en el espacio y en el tiempo; hablamos de antes y después o de aquí y allá, incluso para referirnos a una realidad que trasciende el espacio y el tiempo, porque no podemos hablar de otra manera. Sin embargo, la realidad de nuestro verdadero yo mismo nos rebasa. Y aunque nuestro entendimiento no pueda comprenderlo, sí puede experimentarlo en algunos momentos. Mucha más gente de lo que podría parecer tiene alguna experiencia de ello, aunque normalmente no le da ninguna importancia, a pesar de tratarse del fundamento de la propia vida.

Tarea del yo limitado

Por una parte, nuestro verdadero yo mismo inmortal; por otra, a la vez, nuestro yo limitado, que nace y muere en un momento concreto.

La tarea del yo limitado es manifestar la vida verdadera en esta existencia suya limitada por el nacimiento y la muerte. Lo ilimitado en lo limitado. Actuar desde allí, es la virtud en el sentido más auténtico y verdadero. Es la “vocación” de cada uno y cada una, a pesar de que esta palabra vocación se haya reservado muchas veces solo para determinados casos.

En chino y japonés hay un ideograma, que se lee TE y *toku*, respectivamente, que significa: ‘caminar por la vida manifestando la mente una –la naturaleza propia, el alma– en todas las direcciones’. Es decir, en todo pensar, hablar, actuar. Es entonces cuando el propio esfuerzo se inserta realmente en la profundidad de la acción divina que silenciosamente empuja la historia, en palabras de Fernando Urbina.

Hay comportamientos que van contra la verdadera vida que no nace ni muere, que resulta beneficiosa para los demás y a cuya manifestación está llamado todo ser humano por su misma naturaleza por una ley interior, no por algo impuesto arbitrariamente desde fuera. Estos comportamientos aparecen explicitados en la tradición judeo-cristiana y en la budista de manera equivalente aunque con lenguajes diferentes, tratándose de un lenguaje personal en el caso del cristiano y de un lenguaje no personal en el del budista.

En el budismo tibetano, los comportamientos destructivos que hay que evitar para no dañarse a sí mismo ni a los demás se plantean de la siguiente manera: tres relacionados con el cuerpo, cuatro con la lengua y tres con el corazón⁶.

⁶ Cf. Ippolito Desideri SJ, *Mission to Tibet*. Wisdom Publications, Boston 2010, 386.

Los tres comportamientos dañinos relacionados con el cuerpo son: matar, robar y los que tienen que ver con la lujuria. Los cuatro relacionados con la lengua son: mentir, murmurar, calumniar y hablar de forma frívola. Los tres relacionados con el corazón son: codiciar la propiedad de otros, desear mala suerte a otros y estar interiormente disconformes con la verdad y sus máximas.

Según las características de cada ser humano y de la cultura en la que vive inmerso, existen millones de formas diferentes de encarnar la verdadera naturaleza propia. El yo limitado, que nace y muere, tiene una tarea muy importante que realizar mientras vive en la forma en que lo hacemos todos los que estamos aquí presentes, que consiste en dar a la vida que no nace ni muere cuerpo y forma, es decir, en encarnarla. Si lo hace bien, contribuye a la sanación de un mundo enfermo. En caso contrario, lo que hace es enfermarlo más.

San Juan de la Cruz dice en *Subida* II, 7, 11: Al tiempo que Cristo estuvo más aniquilado en todo, en su naturaleza sensitiva y espiritual, abandonado de todos, incluso sin sentir la presencia consoladora de Dios en quien confiaba, condenado a morir crucificado, la muerte más cruel reservada a los peores malhechores, entonces precisamente, “hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, (...) que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios”. El yo limitado allí murió del todo; arriesgó su vida corporal y limitada en aras a ser fiel a su propio corazón, a su misión. Así manifestó el verdadero yo mismo.

Este actuar desde el yo mismo es sumamente importante en nuestro momento histórico, que muchas veces parece ser un callejón sin salida. F. Urbina concluye su *Comentario de la Noche Oscura del Espíritu y la Subida al Monte Carmelo* afirmando que la contemplación nos ayuda a “situar nuestro esfuerzo en la verdadera y real profundidad de la acción divina que impulsa silenciosamente la Historia”⁷.

Miedo a la muerte

El origen del sufrimiento y de la angustia que la idea de la muerte produce en la persona apegada a su yo limitado está, según Ueda Shizuteru⁸, en la tensión que le produce constatar por un lado la transitoriedad de todo y desear, por otro lado, permanecer para siempre como yo limitado. Es un apego a la vida limitada, al yo limitado encerrado en sí mismo con sus secuelas de odio, codicia y orgullo.

Se trata de soltar el yo limitado. “Quien pierde su vida, la encontrará; quien la quiera retener, la perderá”, dice Jesús (Lc 9,24). “Joven si no quieres morir nunca, muérete ahora”, repetía el maestro zen Hakuin cuyo empeño, como el de cualquier maestro zen auténtico, era hacer descubrir la vida que no nace ni muere.

Una manera de rechazar la muerte y escabullirse es pensar que es un trampolín desde el que saltar a otra vida similar a la actual, aunque con mejores condiciones, a una vida sin final y sin dolor en la que el yo limitado va a estar rodeado de bienestar. Pero esto no es más que una proyección ilusoria del yo limitado que se aferra a la vida y rechaza la muerte. Es algo ilusorio.

La muerte supone, en cambio, la libertad del yo limitado. Esta libertad se encuentra en esta vida cuando la persona descubre, a través de todas las muertes por las que pasa, aquello que no muere; en todas las alegrías pasajeras, aquello que no pasa.

La muerte le hace sentir al hombre que su destino es el yo mismo, la libertad del yo limitado. Quien se haya dado cuenta de que “ya no vivo yo, sino Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20) habrá atisbado de qué se trata.

⁷ Fernando Urbina, *Comentario a Noche oscura del espíritu y Subida del Monte Carmelo de San Juan de la Cruz*. Marova, Madrid 1982, 131; reeditado por PPC en 2013.

⁸ Ueda Shizuteru, “De dood in het zenboeddisme”, en: *Zen*, 59 (1994) 7-14.

Muerte corporal

Que en la muerte corporal la persona como tal no desaparece es un hecho reconocido por las diferentes tradiciones de la humanidad. En el zen se les pide ayuda a los maestros que vivieron en el pasado, considerando que siguen presentes. Keizan Zenji, un maestro del siglo XIV, dice en su *Zazen Yōjinki* ('Manual de advertencias para la práctica del zazen'): "Cuando se quema incienso y se ofrecen flores, los protectores del Dharma, los *budas* y *bodhisattvas*, están presentes invisiblemente, brindando su protección"⁹.

En la tradición cristiana se invoca a aquellos que han muerto tras haber vivido entregados a Dios y a los demás, y también a los seres queridos, en los que se confió mientras vivían y que ya han pasado por el umbral de la muerte.

La identidad individual no se pierde. La imagen de la muñeca de sal, que va siendo lamida por las olas hasta disolverse completamente en el agua del mar, no acaba de ser una explicación cabal. La muerte no consiste tampoco en disolverse en un supuesto río eterno, como se tiende a pensar en algunos ambientes. Aunque este tipo de explicaciones son comprensibles dada la magnitud de los problemas actuales por los que nos sentimos desbordados, constituyen más bien una regresión narcisista al útero materno.

Subsiste la persona con su historia concreta, con sus heridas. A Cristo resucitado se le representa con las heridas de los clavos en los pies y las manos y con la de la lanza en el costado. Esto es muy significativo. Las heridas de la vida no desaparecen, se transforman; se convierten incluso en joyas preciosas. Pero aunque la historia personal, que forma parte de la identidad individual, no desaparece, los acontecimientos dolorosos pierden su veneno. Algo semejante ocurre cuando, a partir de un cierto momento, un hecho doloroso empieza a vivirse con paz; sigue estando allí, pero ya no nos desquicia, incluso nos ha hecho madurar. Como la ostra que hace una perla del granito de arena que amenaza su vida.

No sabemos cómo es ese otro cuerpo al que, por denominarlo de alguna manera, se le puede llamar cuerpo espiritual; no cabe en nuestra comprensión limitada. Cuando en Corinto le preguntaron al apóstol Pablo sobre este asunto, él respondió con una comparación: "Lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano, de trigo o de cualquier otra planta. (...) Cada semilla el suyo (...). En la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción (1 Co 15,37-38).

Morir como yo limitado y resucitar a la VIDA del yo mismo

A este respecto resulta muy significativo el cuento de Blancanieves, uno de los cuentos populares recogidos por los hermanos Grimm, profesores de germanística en la universidad de Göttingen, que vislumbraron en ellos restos de la antigua mitología indogermánica. El subtítulo de este cuento podría ser: "Atravesar la muerte y llegar a la vida".

La palabra alemana *Märchen* ('cuento') data del siglo XV y es un diminutivo de otra, mucho más antigua, ya en desuso, *Mär* o *Mare*. Deriva del alto alemán medio *maeren* y del alto alemán antiguo *maren*, verbos que significan 'anunciar', 'alabar'. Hasta el siglo XIX *Märchen* tiene el significado de 'pequeña noticia', 'anuncio', 'mensaje', noticia en forma de pequeña narración que encierra un mensaje relacionado con algún aspecto esencial de la vida humana. Martín Lutero usa la palabra *Mär* en un texto que elaboró para una canción navideña en el que cuenta que un ángel anunció la Buena Nueva (*ich bring euch gute neue Mär*) del nacimiento del Niño Dios.

⁹ Ana María Schlüter, *Atrévete con el dragón vivo*. Zendo Betania, Brihuega 2009; 117-205: "Zazen Yōjinki".

Los cuentos populares (*Volksmärchen*), a diferencia de los cuentos literarios (*Kunstmärchen*), son narraciones anónimas surgidas del pueblo. Son una especie de mitos que, generalmente en un pasaje corto al comienzo del relato, hablan de lo que el hombre es desde siempre (“al principio” equivale a decir “en principio”), y después, en la parte principal de la narración, de cómo llegar a serlo pasando siempre por una muerte. “En cada cual está aquel que debe ser; si no lo es feliz no puede ser”, en palabras de Angelus Silesius, místico del siglo XVII.

El cuento de Blancanieves comienza con una reina que un día de nieve, mientras estaba cosiendo junto a una ventana, se pinchó en el dedo y, al ver caer una gota de sangre en la nieve, pensó: ojala tuviera una niña tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como el marco de madera. Y al año dio a luz la niña deseada, a la que pusieron por nombre Blancanieves.

Su nombre recordará siempre su origen y su verdadera realidad, su yo mismo: blanca como la nieve, algo sin color, vacío para los sentidos, que no nace ni muere; pero a la vez también roja como la sangre, como la vida concreta, en la que hay nacer y morir.

Puede parecer extraño que la negrura, que sugiere algo que no ve la luz y está relacionado con la sombra y el mal, aparezca también desde el principio. Blancanieves no será plenamente humana hasta que no haya integrado este aspecto, muriendo a su yo limitado, en el que están las raíces de los elementos venenosos: el odio y la envidia, la codicia y el orgullo.

En un cuento todos los personajes son diferentes facetas de la misma persona. Los elementos venenosos, en este caso una reina y madrastra llena de orgullo y envidia, amenazan al verdadero ser humano, a Blancanieves. Por otra parte en toda persona hay algo muy profundo que la sostiene y protege, y en este cuento se presenta bajo la forma del cazador que la salva del mal que pretende destruirla, accediendo a que se refugie escondida en el bosque, un lugar en el que la acechan la soledad y otros peligros, pero donde también aparece una ayuda tan especial como la de los siete enanos que la acogen y le dan buenos consejos. Este tiempo, en el que ella se dedica a limpiar la casa y cocinar, es un tiempo de purificación y de alimentar las energías positivas.

Pero no ha escapado de la muerte. La muerte del yo limitado siempre forma parte del camino que hay que recorrer para llegar a ser lo que se es. Blancanieves cae muerta envenenada por una apetecible manzana que le ofrece la malvada reina disfrazada, es decir, el mal con apariencia de bien. Los enanos la colocan en un sarcófago en el que han escrito su nombre: “Blancanieves”: ese es su verdadero ser, que no puede destruirse, que no puede morir. Allí, aparentemente muerta, permanece postrada durante mucho tiempo, como el leño que, según una imagen de san Juan de la Cruz, para llegar a transformarse en blancas cenizas, tiene antes que quemarse por completo.

Pero un día, de repente, camino al palacio, el centro del alma, cuando los lacayos del príncipe que la llevan a hombros tropiezan, ella despierta, abre sus ojos y recobra la vida. Ya no es una vida de princesa escondida en un bosque oscuro, donde la acecha el mal, sino de princesa convertida en reina de un palacio. Ha llegado a ser ella misma, de stirpe real, lo que era desde siempre. Deja de ser una princesa olvidada, desdibujada, y se convierte en una reina, que en el lenguaje de los cuentos equivale a algo noble y libre.

Morir al yo limitado no es volverse insensible

El maestro Ryokan, que vivió en los siglos XVII-XIX, dijo: “Es bueno al morir, morir; es la única forma de librarse de la muerte”. Pero olvidarse de sí mismo, soltar, liberarse de la muerte, no supone volverse insensible, estoico. Un monje le preguntó al maestro zen chino Tosan al que estaba viendo morir: “¿Hay alguien que no esté enfermo?” Tosan dijo: “Sí, lo hay.” El monje le preguntó: “¿Cómo lo ves?” Tosan respondió: “¡Ay, ay,

ay!”¹⁰ Hay que poder sufrir, quejarse, estar triste. Aceptar de verdad la condición humana, a la que pertenecen esencialmente el nacer y el morir, significa no evadirse del dolor ni de la muerte.

Según un relato de K. Dürckheim, un maestro zen que acababa de perder a un hijo le comentó a un occidental que había pasado una semana entera sin dormir ni comer a causa del dolor. Viendo la extrañeza que sus palabras producían en su interlocutor, añadió: “La madurez no consiste en no sentir dolor, sino en saber atravesarlo.”¹¹

“¿Cómo es que los bodhisattvas (seres despiertos llenos de compasión) que han llegado a la liberación están apegados al surco de lágrimas?”¹² Quien despierta sabe por propia experiencia que no hay despertar sin compasión, lo que hace que el dolor ajeno se sienta como propio, y lleva a derramar lágrimas y acudir en su ayuda.

Dejar de ser muertos ambulantes

Se trata de ser capaces de aceptar vida y muerte como partes de la vida. En ocasiones, como observa el jesuita y maestro zen de India A. Arokiasamy SJ, se pretende aceptar solo la parte positiva –la suerte, el éxito– y se intenta evitar la otra. Sin embargo la vida es oscuridad y luz, dolor y alegría, muerte y vida. Esa es la vida en su totalidad. La muerte es también un punto de encuentro con quien lo sostiene todo. Entre los cristianos se dice desde antiguo que la cruz es salvación. Pero tendemos a olvidarlo y pretendemos atenarnos solo al lado positivo, lo que es en realidad una negación de la vida. No afrontamos nuestra propia vida. Nos escabullimos y eso nos impide vivir plenamente.

Otra era la actitud de quienes llevaban en su ajuar de novia la camisa con la que habrían de ser amortajadas una vez fallecidas. Yo conservo todavía una toalla de lino del ajuar de novia de mi bisabuela, que debía servir para que el sacerdote que le diera la unción de enfermos se secara con ella las manos.

Pero no viviremos la vida de verdad mientras no aceptemos realmente la muerte. A.M. Arokiasamy afirma: “Si solo nos apegamos a la así llamada vida, seremos muertos ambulantes.”¹³ Como los numerosos muertos del cortejo fúnebre que Joshu vio acompañando a un único vivo.

Tocar en esta vida mortal lo que no nace ni muere

El psicoterapeuta Karlfried Graf Dürckheim relata lo siguiente:

Al comienzo de una serie de consultas, una mujer de alrededor de cuarenta y cinco años me hizo, en varias sesiones, el relato de su vida. De este relato y después de tres horas de conversación, extraje un momento preciso de la infancia, aparentemente de poca importancia. "Dígame señora, Ud. me ha dicho en su primera visita que se encontraba un día en la iglesia con su madre... La luz, dijo Ud., caía sobre un vitral de una manera extraña. Mientras lo contaba, me pareció que su voz tenía una vibración especial. Reflexione un poco y dígame: ¿Había en ello algo especial?"

"No", me respondió. "¿Por qué había de haberlo? Era hermoso. Sin embargo... (Y lo que había vivido pareció volver una vez más a su memoria)... era bello de una manera particular... Sí, en efecto ya me había parecido antes. Era algo muy singular. No duró sino un instante. Yo estaba. . . ¿cómo decirlo? Como si estuviera en un mundo distinto. Sí, ahora me acuerdo: todo fue paz en mí, repentinamente luminoso, cálido." Se detuvo y, con una expresión diferente, un poco turbada, me preguntó vacilante: "¿Cree Ud. que

¹⁰ *Shoyoroku*, 94.

¹¹ Dürckheim, Karlfried Graf, *Meditar, para qué y cómo*. Mensajero, Bilbao 1981: capº VI, 1ª parte: sufrimiento/dolor.

¹² *Miscelánea* 15c.

¹³ AMA Samy SJ, *Plenitud y Vacío*, San Pablo, Madrid 1995, capº 12.

debo atribuirle importancia?" - "Así lo creo", le contesté. "Piense Ud. hasta mañana y vea si ha tenido otros momentos parecidos."

Ella volvió al día siguiente. Cuando el momento me pareció favorable, le pregunté: "¿Y bien, se ha acordado de alguna otra cosa?". "Sí", me contestó. "He recordado... dos veces más en que me sucedió aquello." Nuevamente su mirada pareció dirigirse a lo interno. "Fue una vez en el bosque. Tenía dieciséis años. No sé cómo sucedió. Me había detenido un instante. Había llovido, el sol caía sobre un trozo de musgo y... ocurrió lo mismo... repentinamente, la misma cosa. En el momento en que sin saber qué hacer, observaba el musgo, fue como si algo me hubiera cogido. Sentí un escalofrío mientras me cogía una gran calma, pero no era yo. En ese momento algo crujió, escuché, y repentinamente, todo desapareció." La mujer calló.

"¿Y la otra vez?", pregunté. "Sí, me acuerdo perfectamente. Fue en el tranvía. Una anciana se sentó frente a mí. Me miró. En realidad miró a través mío, pero me miraba de todas maneras. Más bien sentí su mirada en lo profundo. En ese momento tuve la impresión que un rayo cálido me entraba, un rayo que me liberaba y al mismo tiempo me renovaba. Lo sentí bueno. En ese momento sentí una fuerza muy grande como si nada pudiera pasarme, como si todo estuviera en orden."

"¿Y cómo relaciona Ud. estas tres experiencias?", le pregunté. "Es muy simple", me respondió. "Fue siempre lo mismo" e inmediatamente su mirada se aclaró, agregando con una voz contenida, a la vez que plena de emoción: "Ahora sé lo que Ud. quiere decir."

A partir de ese día la vida de esa mujer empezó a cambiar. No solo había vivido tres veces esa experiencia, sino que también había reconocido su valor y su verdadera significación. Empezó a admitir en ella esta realidad superior a toda nuestra realidad. Habitualmente no la consideramos, pero si nos abrimos a ella verdaderamente, la acogemos y nos dejamos llevar por ella, nuestra vida cambia fundamentalmente.¹⁴

Bibliografía

- Arokiasamy, Arul Maria, *Plenitud y Vacío*. San Pablo Madrid 1995: capítulo 12.
- Béthune, Pierre de, "Wabi o la pobreza luminosa", en: *Pasos* 33 (1991).
- Biblia de Jerusalén*: Evangelio de Lucas, de Juan, cartas del apóstol Pablo a los Corintios, Gálatas, Efesios, Colosenses.
- "De dood", número monográfico de la revista *Zen*, 59 (1994).
- Desideri SJ, Ippolito, *Mission to Tibet*. Wisdom Publications, Boston 2010.
- Diccionario de la Sabiduría Oriental. Budismo, Hinduismo, Taoísmo, Zen*. Ed. Paidós, Barcelona/Buenos Aires/México 1993: Las cuatro nobles verdades.
- Dürckheim, Karlfried Graf, *Meditar, para qué y cómo*. Mensajero, Bilbao 1981: VI, 1ª Parte: sufrimiento/dolor.
- Ídem, *El hombre y su doble origen*. Cuatro Vientos Editorial, Santiago de Chile 1982: *Hekiganroku* ('Crónica de la Pared Rocosa de Jaspe', manuscrito Zendo Betania.
- Juan de la Cruz, *Obras Completas*. EDE, Madrid 1980: Subida del Monte Carmelo. *Miscelánea* de koans, manuscrito Zendo Betania.
- Mumonkan* ('Barrera sin Puerta'). Yamada Koun, *Barrera sin Puerta*. Ed. Zendo Betania, Brihuega 1993².
- "La muerte", número monográfico de la revista *Sal Terrae*, 1.193 (2014),
- Schlüter, Ana María, *El camino del despertar en los cuentos*. Zendo Betania, Brihuega 2011⁴: Blancanieves.

¹⁴ Ídem, *El hombre y su doble origen*. Trad. Mario Fernández. Cuatro Vientos Editorial, Chile 1982. Capítulo III: Las experiencias del ser; momentos estelares de la vida.

Shoyoroku ('*Crónica de la Mente Serena*'), manuscrito Zendo Betania.
Therigatha, *Poemas budistas de mujeres sabias*. Kairós, Barcelona 2017.